



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 2 DE JULIO DE 2023

Olga de León G./Carlos A. Ponzio de León

Un futuro incierto

LA SOBERBIA DE LOS HIJOS
CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Rafael viajaba en la penúltima fila del autobús, del lado del pasillo; junto a la ventanilla venía su mochila. Las ventanas se sacudían como pedazos sueltos de lámina cada vez que el camión saltaba al pasar un bache, o porque caía en un bache. El ruido asustaba a cualquiera de los veinte pasajeros: les hacía pensar que los vidrios tronarían. A Rafael, el sonido le recordaba el ruido de los camiones en su ciudad natal: Bogotá; y le sorprendía estar escuchando ese estrépito de los cristales en un país tan avanzado como Francia. Venía junto con un grupo de turistas de visitar un templo Budista Tibetano cerca de La Pagoda. Habían presenciado un festival de Paz y Luz. Rafael viajaba sumergido en la tranquilidad porque había logrado apaciguar su mente... Hasta que fue interrumpido por una mano tocándole el hombro: "¿Le puedo hacer una invitación?", escuchó decir a la voz de una mujer.

Rafael giró su cuerpo, pero no alcanzó a ver el rostro. Solo distinguía la mano sosteniendo una hoja que a la mitad tenía su título "Poesía y Ecología: Cuestionario". Tomó la hoja. Arriba tenía impresa una fotografía: una mano escribiendo en una libreta de hojas blancas, sin rayas, y junto al cuaderno, unos lentes de aro redondo. Debajo de la hoja encontró un código QR que, al tomarle una fotografía con el teléfono, lo llevó al cuestionario.

El experimento consistía en saber si la lectura de un poema Haikú que alertaba sobre el daño ambiental en la Tierra, provocaba en el lector una mayor propensión a realizar una contribución monetaria, por un monto equivalente al precio de una hamburguesa de McDonald's, para sembrar un árbol. Rafael, que sabía un poco de poesía y en particular sobre ese tipo de poemas japoneses, no fue conmovido por el texto de manera que mostrara una mayor disposición a pagar por sembrar un árbol más en la Tierra.

Rafael terminó de responder el cuestionario y cerró la página, cuando él y los demás pasajeros escucharon que un vidrio del camión se estrellaba. No saltaron vidrios. Alcanzaron a ver a cincuenta metros, una turba de jóvenes lanzando piedras a los autos. De pronto salía volando una bomba molotov contra un carro estacionado o un establecimiento. Un hombre sin camiseta y con el rostro cubierto por ella, pintarrajeaba una pared de rojo con la palabra Fascistas.

Del otro lado del camión, un grupo de policías antimotines, con cascos y chalecos antidisturbios, caminaba con las manos dentro de sus manoplas y sosteniendo el escudo protector de un lado y las macanas del otro.

El chofer del autobús quiso poner en marcha la reversa al encontrarse justo en medio del fuego entre policías y manifestantes, pero atrás del camión estaba atrapado un auto, y atrás de este, otro y otro más. Alguien le hizo la señal al chofer para sugerir que dieran vuelta ahí mismo: alcanzaron a ver una bocacalle vacía a su derecha. El chofer giró el volante y arrancó estrepitosamente y fue a dar contra un auto que intempestivamente se



había metido por un lado del autobús. Quedaron los dos vehículos incrustados el uno contra el otro. "Descendire!, descendire!", comenzó a gritar el chofer cuando una bomba molotov cayó sobre un costado del camión. El hombre abrió la puerta del ómnibus. "¡Que nos bajemos!", gritó una mujer al resto de los turistas. Rafael tomó su mochila y se levantó para dirigirse al frente, en fila india, mientras el resto, incluyendo un par de señoras en los sesenta, descendía poco a poco de los escalones altos del vehículo.

El humo comenzaba a entrar al autobús cuando Rafael llegó a la puerta. Sintió el aire ennegrecido en sus ojos. Apenas pudo respirar. Trató de ver a dónde se dirigían sus compañeros de viaje, pero apenas y podía ver a dos metros de distancia. En cuestión de dos minutos el cielo se había oscurecido y lo único que alumbraba la calle eran los autos encendidos por el fuego de las molotov.

"Ten caridad, Señor", pensó Rafael. Trató de rezar un Padre Nuestro, pero no pudo hilar las palabras, olvidaba sus líneas; los estallidos parecían los tosidos de un demonio. Recordó la imagen de la deidad demoniaca que había visto en el templo budista tibetano que visitaron esa tarde y la explicación que habían recibido del monje que les había servido de guía: de que algunos demonios son venerados por ellos y reciben una ofrenda para obtener su protección. Entonces Rafael dijo palabras que pudieron salir de su boca: "Ten caridad, Señor, y que esto no escale".

Encontró la bocacalle vacía y pudo escapar por ahí. Rafael dejó atrás los disturbios y las sirenas de ambulancias y policías. Caminó solo, disperso entre otros que habían encontrado su propia salida. Con el rostro enmohecido, caminó once cuadras sin saber a dónde se dirigía, hasta que reconoció una farma-

cia. De ahí, él sabía cómo llegar a su hotel caminando: un poco más.

LAS HORAS QUE SE PERDIERON
OLGA DE LEÓN G.

El humo, los ruidos intensos de autos que se impactaban, las sirenas de ambulancias, los gritos de terror de la gente y su propio miedo, no la dejaban pensar más que en una sola cosa: en dónde estaba la mano de quien la llevaba al colegio. Y en, ¿cuánto faltaría para llegar al portón de entrada al edificio de la "ecôle"?

Se tranquilizó un poco al ver que María llegaba hasta ella y volvía a tomarla de su mano derecha. Ni siquiera se atrevió a preguntar qué había sucedido, que pasaba, nunca había visto una multitud sin rostro, pero con un claro propósito: romper el orden y crear un gran caos. Quince años después, Ana participaría en el movimiento juvenil más grande del orbe... Era el año de 2038, el lugar: París, Francia. Ella solo era una estudiante de intercambio más, una becaria apasionada de las causas sociales, de la justicia, la verdad y la ciencia, y consciente de que se hallaba en el centro de la cultura, por excelencia.

Acaso las generaciones anteriores nada habían hecho, o sus logros fueron demasiado pequeños y nada había mejorado, ni se habían corregido las injusticias y despojos de lo elemental: los derechos humanos primarios...

Se recordó en aquel día de disturbios, un día impactante para una niña de seis años que nada comprendía entonces, y ahora estaba sumergida en el maremoto de las pasiones juveniles, dispuestas a todo por echar del poder a los gobiernos de derecha disfrazados de buenos samaritanos, hombres y mujeres caritativos que dormían con el uniforme fascista bajo la almohada y la gorra colgada en el perchero detrás de la puerta de la ropería.

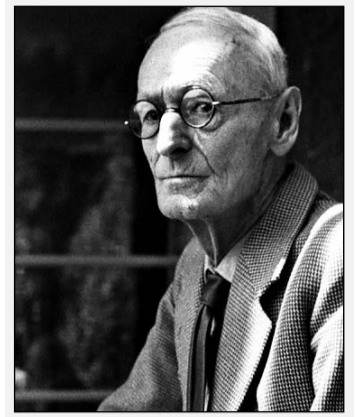
Igual que a los de dizque izquierda tranzados con el poder de los más ricos, para ellos continuar en la farsa de un gobierno del pueblo y para el pueblo. Mientras tanto, las clases más desposeídas seguían siendo y haciéndose más y más pobres... Mientras los ricos se expandían por tierra, aire y mares, alejándose cada vez más del olor a pobreza, la peste de la humanidad que les robaba el aire a los poderosos, por eso buscaban expandirse en otros mundos.

Los Miserables de Víctor Hugo eran una caricatura irrisoria antes y más en la actualidad, y él, un hipócrita ante sus compatriotas.

Pero ¿cuántos eran realmente conscientes de la realidad, y cuántos estaban incrustados como espías para los poderosos? Se les confundían fácilmente, no había modo de distinguirlos, el mundo estaba más oscuro que nunca y las ideas eran monedas de cambio siempre intercambiables...

Ana bajó del estrado con una luz diferente en su mirada... fue la última vez que participó en algún movimiento social o espontáneo. Ana creció en un mundo desigual y se adaptó a las diferencias, aunque jamás claudicó en sus principios... Solo que ahora luchaba desde una trincheras distinta: la cátedra universitaria.

Aquella mañana se levantó especialmente entusiasmada, recibiría una mención distintiva por sus años de cátedra, frente a grupo. Antes de salir de casa, marcó un número en su aparato tele-auditivo y avisó a la Asistente de Dirección: Por favor, dígame a los directivos, su jefe y mis colegas, que no estaré en la ceremonia, que lamento mucho haber muerto para el mundo de las condecoraciones, estaré en mi reposo eterno de hoy en adelante; dígame que ellos ganaron: ¡Callaré para siempre! Buen día y muchas gracias.



Hermann Hesse

(Calw, 1877 - Montagnola, 1962) Novelista alemán cuya obra indagó en temas como la búsqueda de la autorrealización y la espiritualidad. Destacada figura de la narrativa alemana de la primera mitad del siglo XX, de relevancia comparable a la de Alfred Döblin y Thomas Mann, recibió el premio Nobel de Literatura en 1946; utilizó en ocasiones el seudónimo de Emil Sinclair.

Vástago de una familia de misioneros pietistas, fue destinado al estudio de la teología y enviado en 1891 al seminario de Maulbronn. De allí se fugó en 1894 e hizo el aprendizaje de relojero en Calw. En 1895 fue aprendiz de librero en Tubinga y trabajó como tal en Basilea a partir de 1899. Después del éxito de Peter Camenzind (1904) se instaló a orillas del lago de Constanza dedicado a la literatura. En 1911 viajó a la India, más tarde se fue a vivir a Berna y finalmente a Montagnola, cerca de Lugano. Peter Camenzind (1904) puede ser considerada un arquetipo del género conocido como "novela de formación", de escritura reflexiva y melancólica, sobre un joven que llega del campo a la ciudad para acabar huyendo de la cultura urbana y regresar a la naturaleza y la vida sencilla. En esa misma línea, Bajo la rueda (1906) expresa la rebelión contra la autoridad.

Pero el título que marca el paso del ecuador dentro de la obra de Hesse es sin duda Demian (1919), cuyas primeras ediciones se publicaron bajo el seudónimo Emil Sinclair y con el significativo subtítulo "Una historia de juventud": escrita en medio de una profunda depresión, la novela es sin embargo un canto a la amistad, al arte y a la vida. Siddharta (1922), diametralmente distinta, recoge la experiencia del autor en la India y se convertiría, una generación más tarde, en el libro de cabecera de los primeros "hippies", difusores del budismo y de la cultura oriental en Occidente.

El lobo estepario (1927) es acaso el más célebre de los títulos de Hesse e inicia sin duda la etapa de madurez de su obra: está construido a partir de las notas póstumas del artista Harry Haller, introducidas por los comentarios de un editor, y es un lúcido análisis sobre la locura de una época en la que muere lo viejo sin que haya nacido algo nuevo. Narciso y Goldmundo (1930), situada en una imprecisa alba del Renacimiento, presenta la contraposición de Narciso, el monje ascético, y Goldmundo, el artista, en una escuela monástica, donde traban amistad. Es la confrontación entre el mundo paterno, encarnado en el logos y la ciencia, y el arte maternal, que no representa una certeza sino una búsqueda de por vida.

El juego de los abalorios (1943), cierra lo que puede entenderse como una trilogía de culminación de la obra de Hesse, a través de un nuevo intento de reunión (los abalorios) del mundo de las artes y de las ciencias: un auténtico resumen de los esfuerzos anteriores del autor por reflejar la inquietante dualidad entre el pensamiento y el espíritu.

Siguieron luego colecciones de cuentos, relatos y meditaciones, y en 1951 la antología literaria de este educador humano, que une la interioridad de la lucha sostenida para la existencia del espíritu, consciente de su propia responsabilidad, con la advertencia dirigida a su misma época en peligro y al pueblo alemán. La edición completa de las obras de Hermann Hesse, en seis tomos, apareció en 1952.

ad pèdem literae

Resulta imposible atravesar una muchedumbre con la llama de la verdad sin quemarle a alguien la barba

Georg Christoph Lichtenberg

Letras de buen humor

El amor es ciego, pero el matrimonio le restaura la vista

Georg Christoph Lichtenberg

Mónica Lavín

Pasteles y librerías

La semana pasada dos espacios emblemáticos de la Ciudad de México festejaron sus aniversarios. Tuve la fortuna de ser invitada a los 52 años de Gandhi y a los 30 de El Péndulo. Sureña como soy, conocí Gandhi desde chiquita, me refiero a la librería y a mí. Recuerdo caminar por Francisco Sosa, la calle más bella de Coyoacán, hasta llegar al parque de Arenal y a un costado entrar a la primera Gandhi que estrenaba un concepto que llenó nuestros momentos de encuentro en los años 70: la combinación de venta de libros y discos con la cafetería donde podías sentarte y pasar horas. Gandhi con tan larga vida. Mi memoria también me lleva a la desaparecida El Juglar en la glorieta de Manuel M. Ponce en la Guadalupe Inn, en una casa californiana con libros en distintas habitaciones, y en cuya parte alta estaba el café donde incluso se organizaban concursos de Scrabble. El Agora en Insurgentes es también una inevitable evocación de los espacios de encuentro entre libros y café que han marcado mi relación con la ciudad.

Cafetería El Péndulo nació briosa en la Condesa en 1993 y era común citarse para desayunar sabroso entre libros. Saltó a la Roma, a Perisur y en 2018 abrió en la Guadalupe Inn, junto al

Helénico, en un generoso espacio en niveles con grandes ventanales donde se antoja esa fantástica combinación de café, restaurante y bar (por cierto muy escasos en la Ciudad de México), flanqueado al estilo Péndulo con paredes cuajadas de libros de piso a techo. Al terminar la charla con el escritor Ivan Frías sobre mi encuentro con los libros, me cuentan los libreros cómo al poco tiempo de abrir la sucursal Guadalupe Inn, la pandemia les hizo cerrar puertas. Por eso ahora el borboteo de asistencia parece llamar lo que todos sabemos: necesitamos un espacio de encuentro y qué mejor que un espacio de barrio que permita la conversación silenciosa con el libro y en voz alta entre comensales. El Péndulo de Guadalupe Inn me sorprende con las novedades y clásicos de libros publicados en inglés. No resisto, a pesar de haber leído el espléndido ensayo de Olivia Teroba, "Escritura y dinero", ganador del concurso convocado por Latin American Literature Today que me debería orillar a la mesura, comprar la colección de poemas de Derek Walcott en su idioma original y el libro más reciente de mi admirado Ian McEwan.

Celebro las celebraciones (así de redundante) de estas dos anclas que han sido paisaje de la ciudad, y que fueron



oxígeno durante el encierro en la pandemia al encontrar la manera de hacer llegar los libros a domicilio y organizando eventos virtuales para que la sed de comunicación y asombro pudiera satisfacerse. En Gandhi me dio mucho gusto encontrarme a escritores-amigos, algunos de carrera larga: Pablo Boullosa, Xavier Velasco, Sandra Frid, BEF, Martín Solares, Julia Santibañez, entre otros, y al joven y notable narrador Cristian Lagunas, cuyos cuentos me asombraron en el breve tiempo que estubo en mi taller y que luego saltó a la Fundación para las Letras Mexicanas; además de ganar el premio Comala de

cuento, El lado izquierdo del sol fue la novela ganadora del reciente premio Mauricio Achar que Random House y Gandhi idearon para fortuna de escritores y lectores.

Qué gratos festejos que provocan encuentros con libros, lectores, libreros, con mi querido editor David Martínez, quien me sorprende con un ejemplar de mi primera novela, Tonada de un viejo amor, en su nueva edición publicada por Planeta. Estos festejos me han recordado el camino para pasar tiempo entre libros y café. Felicidades Gandhi. Felicidades Péndulo.